

Filosofar, un juego interesante

¿Sólo podemos filosofar cuando nos adentramos en discursos profundos? ¿La vida que se desarrolla en el aula de clase también es un espacio propicio para entender lo que significa la filosofía?

Por Luis Arturo Vahos Vega

Profesor de filosofía e Investigador



Más de 40 rostros con la mirada atenta escudriñan al nuevo profesor que entra al salón, tratando de adivinar qué materia dictará. Es la época en la que en los colegios nocturnos no se sabe cuántos cursos habrá, ni cual será la carga académica, ni el horario de los profesores porque las matrículas definitivas no se concretarán sino hasta bien entrado el mes de febrero.

Buenas noches, mi nombre es Luis Arturo Vahos. ¿Vajos, dijo?, se oye una voz en la parte de atrás del salón, lo que me obliga a repetir mi nombre. Vengo a compartir con ustedes la clase de filosofía y mientras no se determine lo contrario mi horario será... ese momento les informo los días en que según un *horario de emergencia*, tendré clases con ellos.

Posteriormente entro en materia. Mientras voy hacia el tablero decido por donde empezar a introducir en este curso de décimo grado, el concepto *filosofía*. Afortunadamente tengo en mis manos un antiguo texto del Padre Jaime Vélez, que empieza a hablar de la filosofía desde Pitágoras. Leo en voz alta y pausada un párrafo entero. Miro a mi público estrenando nuevo milenio e incluso para muchos, hasta nuevo colegio y no percibo en sus miradas mucha comprensión del asunto. Releo la primera frase, la comento, luego leo la frase, la siguiente y así sucesivamente. Ahora veo ma-

EXPERIENCIA

yor brillo en las miradas y señales de que los cerebros están más activos. Paso a dar ejemplos, luego les pido que ellos también recuerden o induzcan formas del saber humano que se parezcan a los ejemplos que he dado. Empiezan a surgir verdaderas señales de comprensión y eso me entusiasma.

Entonces escribo en el tablero, tomando una frase del padre Vélez: *La filosofía es el conocimiento supremo, general y fundamental de todas las cosas*. Al terminar de escribir, siento que no me gusta del todo la definición. Sin embargo, trato de introducir por

medio de un ejemplo sencillo el sentido de los términos *supremo, general y fundamental*. Cuando le corresponde a mi audiencia dar los ejemplos, sus integrantes evidencian mucha dificultad, sin embargo, las imágenes que utilizan me obligan a aterrizar. Hablan de

las vigas de concreto, del chasis de los carros para expresar lo que significa fundamental. Hablan del ejército cuando quieren ejemplificar la palabra general o de Dios para designar lo supremo. Recuerdo que la mayoría de ellos son adultos que vienen del trabajo y han atravesado la ciudad en buses atestados y que seguramente debieron persignarse al pasar por el frente de cementerios e Iglesias.

Por supuesto que ellos saben de sobra qué es lo fundamental cuando termina o cuando comienza la quincena. ¿Cómo no van a distinguir lo importante de lo fundamental las madres que me escuchan en este salón y que tuvieron que dejar a sus hijos al cuidado de un familiar para venir a escucharme? Y es justo en ese instante que me acuerdo de lo indispensable que es para mi

ese bendito borrador que siempre olvido en todos los salones.

Decido entonces modificar la definición y escribo en su reemplazo: La filosofía es un saber al cual intentamos llegar cuando nos sentimos carentes de respuestas sólidas y resistentes como las vigas de concreto, para que nuestras vidas valgan la pena de haber sido vividas. Pido ejemplos de verdades de ese tipo. Y empiezo al fin a sintonizarme con mis estudiantes.

Me atrevo entonces a introducir un elemento nuevo: el Método de la

Filosofía. Les digo sin muchas dudas que este método consiste en razonar con lógica sobre aquellos problemas cuya solución nos traería paz interior a cada uno de nosotros. Que de cualquier asunto se puede filosofar, siempre y cuando tengamos la paciente y terca manía de los jóvenes que forman

parches en patineta. Esos atletas de nuestros barrios que hacen de las calles sus pistas de entrenamiento y que convierten cualquier reborde de la acera, ladrillo o tubo en un reto para probarse, demostrando con sus esfuerzos repetidos que no importa cuántas veces la patineta no obedezca o el tubo se mantenga impassible.

Ello no es más que un acicate para volver a intentar. El placer de volver a empezar, de escudriñar formas nuevas de hacer la pirueta aunque los tobillos queden adoloridos, es casi la única justificación. La diferencia con el filósofo es que debe usar más la cabeza que los pies y que todo fracaso se convierte en una nueva pregunta retadora. Acaso la filosofía no sea más que un perpetuo ensayar y por ello la forma de expresión que más le convenga sea

precisamente esa, el ensayo.

Les cuento que el punto de partida para filosofar es siempre el borde, no el de las aceras, sino el de las ciencias, el de las experiencias y las intuiciones. También el punto de partida puede ser la simple sensación de cansancio después de haber trabajado todo un día por un mal salario. O un principio teórico cualquiera expresado en algún verso, un chiste o un graffiti. Y hasta, por qué no, en alguna ciencia.

Tomo mi borrador, lo levanto, les pregunto ¿qué ven? Uno de esos que quiere parecer gracioso me dice: a un profe de filosofía. Está bien, pero qué ven en la mano del profe de filosofía. Podría ser su reloj, si tuviera, profesor. ¿Acaso la pregunta no es un poco boba? Reconozco al socrático burlón allá atrás, con una gorra azul sobre una cabellera espesa, desordenada y larga. Por poco mi borrador se transforma en

Acaso la filosofía no sea más que un perpetuo ensayar y por ello la forma de expresión que más le convenga sea precisamente esa, el ensayo.

piedra, pero me contengo y en ese instante se revela el secreto de aquel mechudo sentado entre los grandotes del final de la fila. Tengo frente a mí a un filósofo. Si estimado joven, mi pregunta es realmente tonta. En filosofía las pre-

guntas deben ser interesantes, sobre asuntos fundamentales como decía la lectura que hicimos del Padre Vélez. Aunque una pregunta aparentemente tonta se puede convertir en interesante. ¿Cómo convertirían en interesante mi pregunta?

Saquen sus cuadernos. Ejercicio número uno: tomen la pregunta que hice sobre el borrador y transformenla en 3 preguntas interesantes, filosóficas. Después de un rato empiezo a escuchar los resultados del ejercicio. Suena el timbre. La mayoría no recibe de buen agrado el sonido porque a esas alturas la clase inicial de filosofía ya se ha convertido en un juego interesante.

